

de la respetable doña María me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir, para que escarmiente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas encontró un encorozado en una calle, éste llevaba un letrero en la corozca que decía: *Por Blasfemo*; el buen hombre sólo leyó la mitad del rótulo, porque la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista, y sin más averiguación marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su mujer: — «Hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas; dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras; pero no me digas Blas por vida tuya, porque es un gran pecado llamarse Blas, y tanto, que sacan encorozados á los Blases... — ¿Cómo así? preguntaba su mujer muy admirada; eso no puede ser... — Sí puede ser, hija; acabo de ver uno encorozado por Blas.»

Se rieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, menos la beata, pues ésta se avergonzó bastante, y más cuando don Rodrigo prosiguió diciendo:

— ¿Qué les parece á ustedes, señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á doña María de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por Blas. Pero dejemos las chanzas, y pasemos á desescandalizar á mi parienta. Los señores saben muy bien lo que voy á decir, y aun mi mujer y mi hija; pero usted, señora, no lo sabe, y es preciso que lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características de los milagros es que sean contra la naturaleza; esto es, que superen sus leyes ó las venzan. Y ¿quién puede dominar la naturaleza, sino su Autor Supremo? Por tanto, sólo Dios puede hacer un milagro; sólo Dios puede hacer que el fuego no quemé, que se multiplique en un instante una substancia, que se trasmute en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un muerto corrompido resucite, etc. Para conseguir esto de Dios es muy oportuna la intercesión de los santos, y por lo mismo nos es muy del caso aprovecharnos de su valimiento y solicitar su patrocinio en nuestras aflicciones. Ellos son amigos de Dios, y sus ruegos son oídos de Su Majestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro, pues no alcanza á tanto su poder; entonces podrían lo mismo que Dios, y serían otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginación de un católico. La naturaleza sólo se sujeta á su Criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su Autor. Si una peña herida por la vara de Moisés produce agua; si el sol detiene su curso á la voz de Josué, no fué porque aquel legislador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol se detuvo. Así sucede siempre; manda el Señor, y la naturaleza

obedece sus preceptos. Y así, cuando se dice que la Virgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesión; mas no que ellos los hayan hecho.

Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á usted, doña María?

—¿Qué me ha de parecer? sino que cuanto usted dice, ni me toca ni me atañe, porque yo no soy teóloga.— Pero es usted católica y cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religión que profesa.— Pues yo sé muy bien el Catecismo y tengo la fe del carbonero, y con eso me basta.

—Se engaña usted, señora; el saber el Catecismo sin entenderlo no basta, y el atenerse á la fe del carbonero, que según el cuento decía que él creía lo que creía la Iglesia, es una excusa muy grosera para defender la más torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fe no son sino una irrisión y un insulto que hacen á la misma religión muchos que blasonan ser miembros de ella; porque si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fe, tan malo es creer errores como ignorar las verdades de que debemos estar instruídos.

—Pues usted dirá lo que quisiere, señor coronel, decía la respetable beata; pero yo nó me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como usted se entenderán con su *latinorum* y teologías, que á mí me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en eso de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros y puestos en las iglesias; y si son mentiras, allá se lo hayan los que dan licencia para ello, pero á mí no me toca meterme en averiguaciones. Yo sé que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego serán muy leídos; y así cuando dan licencia para que una cosa se imprima, ya sabrán que es muy cierta, y que no hay ningún peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelleras, retablos y milagros de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos; milagros deben de ser, una vez que todos dicen que son milagros; afuera de que, ya que los ponen, será con licencia del cura, del guardián ó de quien corre con el santo. ¿Qué más es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fe? porque cuando el cura lo dice estudiado lo tiene, y si no lo estudió, ¿qué me importa?

Yo fuera una judía si pensara que los censores no saben lo que aprueban y que en las iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro, sin que nadie le diga:

por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su santa mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tía su discurso, con el que se divirtieron bastante los que la oían, y el coronel le dijo:

—En efecto, señora, usted padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa usted que todos esos retablitos que se presentan y dedican á los santos en sus imágenes, no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificación y declaración de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devoción y gratitud, y porque tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caería en el error de creer que ni los santos intercedían por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error sería más pernicioso que el primero; pues de creer que Dios hace más milagros que los necesarios, no se sigue injuria á su omnipotencia; pero de creer que no los puede hacer ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, sería de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convenga á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debían todos saber que no se le puede dar

crédito á cuanto está impreso, sólo porque están las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las carátulas que están con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de fe cuanto está impreso, en virtud de que ven ó han oído decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicación de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay herejía ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso; de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas y milagros apócrifos.

¿Qué alto concepto no se formará del poder falsamente atribuído al demonio, el ignorante que lea en la vida de Santa Genoveva aquellos títeres con que la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido?

¿Qué idea tendrá de la Providencia divina, siempre celosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase públicamente el honor de su sierva y que padeciese tantos trabajos, sin más fin, á lo que parece, que acrisolar su paciencia, cuando pudo haberlo hecho por otros medios que no indujesen un escándalo general? Y por último, ¿no es fuerza que tengan al dicho